

ADAM ZAGAJEWSKI

RELEER A RILKE

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JAVIER FERNÁNDEZ DE CASTRO

BARCELONA 2017  ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Rereading Rilke*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Adam Zagajewski. Publicado con el
permiso de Farrar, Strauss and Giroux, LLC, Nueva York
© de la traducción, 2017 by Javier Fernández de Castro
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-31-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 1362-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Leemos a Rilke por su poesía y su prosa, por su novela *Los apuntes de Malte Laurids Brigge* y por los centenares, si no miles, de cartas que dejó, aunque también parece haber otro motivo importante: a nuestro entender, la suya es en sí misma el mejor ejemplo de vida de un artista moderno y quizá el modelo más puro y perfecto en su infatigable búsqueda de la belleza.

En la tradición literaria alemana fue Johann Wolfgang von Goethe quien disfrutó durante largos años del estatus no solamente de poeta, dramaturgo y novelista excelso sino también el de modelo de persona sublime, un ideal de ser humano, que gozaba de gran éxito pero asumía el precio de la renuncia que implicaba pasar a formar parte de una sociedad burguesa que acababa de redescubrir el valor de los logros de la in-

teligencia; Goethe, que aceptó gustosamente la figura de alguien que representaba algo más que su mero destino singular y permitió graciosamente que otros—mediante el sinfín de ventanas que son sus cartas, diarios y conversaciones—pudiesen contemplarlo en sus diferentes momentos y estados de ánimo. Goethe, miembro de una familia patricia de Fráncfort, que de joven fue ministro en la corte de Weimar, era un científico que recibía todas las tardes en su bella mansión en Frauenplan a visitantes de todos los países imaginables y les desvelaba arcanos de geología, biología y literatura, un hombre al que Napoleón deseó conocer y con el que, como sabemos, se reunió. Aunque Goethe reavivó la imaginación de Alemania, al mismo tiempo se mostró extremadamente escéptico frente al nacionalismo de sus compatriotas nacido a raíz de las guerras napoleónicas. Estaba orgulloso de su larga vida y no dejó de mofarse de quienes morían pronto... Poeta y pensador, su territorio era tan vasto que abarcaba numerosos elementos de la Ilustración pero

también ingredientes vitales del Romanticismo. Y, finalmente, este hombre que conocía a fondo los silencios del estudio del escritor fue también en 1792 testigo de la miseria de la guerra premoderna, no como soldado sino como observador que comparte con otros el lodo, el hambre y la desesperanza de una desastrosa campaña militar.

Y justo después de ese gigante, llegó Rainer Maria Rilke, un modesto poeta sin hogar, nacido en la periferia del Imperio austrohúngaro, un artista que hubo de inventarse unos ancestros y que reivindicó un linaje aristocrático—reivindicación al parecer altamente dudosa—, un introvertido amante de la soledad y alguien que, sobre todo en sus últimos años, no se mostró particularmente interesado en publicar y hasta el final de su corta vida fue conocido únicamente por un reducido número de iniciados. Nunca fue ministro como Goethe, nunca senador como Yeats, ni embajador como Saint-John Perse. Es cierto que adoraba codearse con aristócratas, pero no en la corte, sino únicamente

en privado y preferiblemente en su entorno natural, sus castillos y palacios; los consideraba reliquias pintorescas de una Europa medieval más o menos imaginaria. Es significativo que el castillo de Duino, perteneciente a la familia Thurn und Taxis y cuyo nombre quedará ligado para siempre a la poesía de Rilke, resultase destruido durante la Primera Guerra Mundial (y reconstruido mucho más tarde): los aristócratas que Rilke conoció eran la sombra de magnates otrora poderosos. Ni uno solo de los políticos influyentes de su época tuvo interés en conocerlo. ¿Clemenceau y Rilke? ¿Lloyd George y Rilke? ¿Lenin y Rilke? No, imposible, ridículo, menuda broma. Paul Valéry, sí, es más lógico; ambos poetas se conocieron y su encuentro nos dejó un rastro, la tan conocida fotografía (pero también y principalmente la traducción de la poesía de Valéry por parte de Rilke).

Lo más atractivo del estatus simbólico de Rilke apenas tiene nada que ver con las circunstancias externas de la época. A diferencia de Goethe, más que un ineludible repre-

sentante de su tiempo, Rilke era un elegante signo de interrogación en el margen de la historia. En el espectro del Modernismo literario se alineó con los antimodernos (en el sentido de mostrarse hostil a muchas de las características de la recién nacida Revolución Industrial), aunque no se tomó la molestia de desarrollar sus ideas de forma coherente: al fin y al cabo era un poeta y no un periodista filosófico.

Le ocurrió lo que al Chopin del maravilloso poema de Gottfried Benn:

... cuando Delacroix desarrollaba teorías
se ponía inquieto, él
no podía justificar los Nocturnos.¹

Lo que nos atrae de él es su rigor interior, la disciplina de su vida, los sacrificios que hizo. Apreciamos cierta estilización intrigante de su existencia externa comparable a una flecha que cobra feroz velocidad camino de su ob-

¹ Traducción de Carlos Pereda, «Otras músicas», *Isegoría*, n.º 11, 1995. (*Todas las notas son del traductor*).